

LITURGIA Y CATEQUESIS EN LOS PADRES DE LA IGLESIA. APUNTES PARA EL ESTUDIO

JOSÉ RICO PAVÉS

Teología y Catequesis 80 (2001) 39-75

Hace algo más de dos décadas el erudito liturgista A. Triacca formulaba en un Convenio sobre la relación entre la Liturgia y la Catequesis el siguiente principio: «es imposible estudiar y conocer a los Padres, sin comprender que su acción catequética, como todo su actuar, era para la liturgia y de la liturgia procedía»¹. Concluía además su comunicación recogiendo el lamento de A. Hamman sobre la ausencia de algunos puntos fundamentales en la enseñanza y manuales de patrología², para advertir cómo esta ausencia se verificaba de modo especial en lo relativo a la catequesis y a la liturgia.

La *vuelta a las fuentes* postulada por la más reciente renovación de la teología ha mostrado la necesidad de volver una y otra vez a los autores y a los textos de la primitiva tradición cristiana para captar en mirada de conjunto la riqueza de una fe expresada en contacto directo con la tradición apostólica y transmitida en formas diversas que superan con mucho el ámbito estrictamente literario. La riqueza de los Padres no radica únicamente en los escritos que nos legaron; no es posible percibir la hondura de su teología si se olvida el *humus* que la vio nacer. La antigua literatura cristiana es testigo de una fe que enseña lo que vive y vive lo que enseña, que celebra lo que cree y cree lo que celebra. Es imposible, pues, abordar el binomio Liturgia-catequesis en los Padres de la Iglesia, en la individuación de sus partes o en la consideración conjunta de ambas, sin que se vea implicada *toda* la historia de la literatura cristiana antigua. O, dicho de forma positiva: el tema Liturgia y catequesis en los Padres es de tal magnitud que su tratamiento responde más a una obra de carácter enciclopédico que a un artículo de pocas páginas³.

¹ A.M. TRIACCA, «Liturgia e catechesi nei Padri. Note metodologiche», *Salesianum* 41 (1979) 261.

² Cf. A. HAMMAN, «Pour un'aggiornamento des manuales de patrologie et de patristique», *Studia Patristica* 10, *Texte und Untersuchungen*, 107, Berlin 1970, 96-97. El lamento de Hamman sigue siendo de triste actualidad. Los más recientes manuales de patrología o teología patristica omiten referencias expresas a estos temas.

³ Cf. S. FELICI (ED.), *Valori attuali della catechesi patristica. Convegno di studio e aggiornamento (Roma, 24-25 aprile 1978)*, publicado en *Salesianum* 41 (1979); E. BARGELLINI, «Catechesi e Liturgia: è ancora attuale il metodo mistagogico dei Padri?», *Vita monastica* 116-117 (1974) 37-67; I. OÑATIBIA, «La catequesis litúrgica de los

Es, sin embargo, posible abordar el tema limitándonos a esbozar, a modo de *apuntes para el estudio*, un programa ordenado en el que señalar la problemática subyacente a cada cuestión particular renunciando a mostrar el detalle. Es decir, mostrar *el todo*, en intento de presentación unitaria coherentemente articulada, desde el cual saber ubicar *el fragmento*.

1. Clarificación terminológica

«Liturgia» y «Catequesis» son conceptos de rico contenido teológico. En torno a ellos reconocemos implicados todos los misterios de la fe, pero bajo ópticas diferentes. Mientras el término «liturgia» evoca esos misterios en cuanto constituyen el culto de la Iglesia que los celebra, el término catequesis alude a ellos en cuanto instruyen y «forman» la fe del creyente. Ambos términos, sin embargo, no tienen su origen en el cristianismo, sino que están ya presentes en la literatura griega e incluso en la Escritura, con sentidos que no corresponden exactamente a los que tienen en la actualidad. Cualquier estudio sobre estas realidades que pretenda ser completo exige, pues, en primer lugar una *clarificación terminológica*. Es decir, un análisis de los términos, desde el punto de vista etimológico e histórico. Dicho análisis, realizado en el contexto de la literatura patristica, deberá cumplir, al menos, los siguientes objetivos:

1º.- Analizar la etimología de los términos, mostrando su uso en la literatura griega, su adopción –en caso de haberse producido– por la Sagrada Escritura y la evolución de su significado en esos ámbitos. Así, en el caso del término *leitourgía*, habrá que notar cómo en el griego clásico designa una actividad (*ergon*) realizada en favor del pueblo (*laós*), como construir un barco, organizar una fiesta o, en general, todo servicio público⁴. En la Biblia griega (LXX) se emplea en sentido cultural, indicando el servicio sagrado que debían desempeñar los sacerdotes y levitas de la Antigua Alianza. En este sentido, Hb 8, 2 llama a Cristo *leitourgós*. Respecto al término *katechesis*, se deberá indicar cómo en el griego clásico designa la instrucción oral⁵ y cómo, en su forma sustantiva, no se encuentra ni en la Septuaginta ni en el NT. En éste, sin embargo, se encuentra la

padres», *Phase* 118 (1980) 281-294; M. JOURION, «Catéchèse et liturgie chez les pères», *Maison Dieu* 140 (1979) 41-49; D. SARTORE, «Catequesis y Liturgia», en *Nuevo Diccionario de Liturgia* (NDL), Ed. Paulinas, Madrid ²1987, 321-324; R. DOMÍNGUEZ BALAGUER, *Catequesis y liturgia en los Padres. Interpelación a la catequesis de nuestros días*, Sígueme, Salamanca 1988.

⁴ Cf. LIDDELL-SCOTT 1036-1037; Kittel (it.) VI, 589-634; cf. P. FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, «El término Liturgia. Su etimología y su uso», *La Ciencia Tomista* 97 (1970) 147-163; H. BALZ-G. SCHNEIDER, *Diccionario exegético del Nuevo Testamento*, II, Síguema, Salamanca 1996, 42-46 (incluye bibliografía).

⁵ Cf. LIDDELL-SCOTT 927; Kittel (it.) V, 271-278; Balz-Schneider, I, 2267-2262.

forma verbal, empleada en el sentido que ya tenía en la literatura griega clásica de «contar» o «instruir de viva voz», como en Hch 21, 21-24 en que se afirma que *se les contó* a los judíos acerca de Pablo. No obstante, en otros textos del NT, el verbo adquiere un matiz religioso por virtud del objeto a que se aplica. Así, se afirma que el judío ha sido instruido en la ley (Rm 2, 17-21), mientras que el cristiano lo ha sido en la palabra (Ga 6, 6; 1 Cor 14, 19), en el camino del Señor (Hch 18, 25) o en los hechos de la vida del Señor (Lc 1, 4). Se advertirá cómo en todos esos casos, el empleo del verbo pone el acento en el aspecto oral de la instrucción. Se deberá, además notar, cómo en el NT existen otros términos que designan la enseñanza específicamente cristiana: *hódos* (camino), *didaché* (doctrina), *parádosis* (tradición), *lógos* (palabra); y cómo, incluso, se entreveen ya diferentes tipos de enseñanza, como en Hb 6, 1 que distingue la instrucción elemental de la reservada a los perfectos, o como denota la proclamación del *kerygma*, entendido como la primera predicación a los paganos (cf. Lc 24, 27; Hch 10, 42).

2º.- Estudiar las primeras apariciones de esos términos, tanto en su forma nominal como verbal, en la literatura cristiana postneotestamentaria. En este sentido es importante advertir la continuidad y evolución del sentido dado a los términos respecto al NT. Se observará así cómo *leitourgía* sigue siendo un término corriente en el cristianismo de lengua griega y cómo designa principalmente el servicio total de los ministros de la Iglesia⁶. Por su parte, el vocabulario de la catequesis se va precisando en los siglos II y III, adoptando poco a poco su sentido técnico⁷, como en la *Traditio*, del PseudoHipólito, en la que se emplea ya el término catequesis en su sentido preciso de enseñanza dada a aquel que se prepara para el bautismo, designado con el nombre de «catecúmeno»⁸. Importará advertir cómo mantiene el matiz de implicar una enseñanza oral. Catequesis, también para los Padres, es la enseñanza que «resuena al oído», frente a la enseñanza escrita⁹.

3º.- Mostrar la implicación de campos semánticos en el caso de los términos «liturgia» y «catequesis», es decir, advertir si desde el punto de vista del lenguaje ambas realidades se implican e incluyen mutuamente. El

⁶ Cf. Lampe, 795-796; *Didaché* 15, 1 (FuP 3, 108; BPa 50, 53).

⁷ Cf. Lampe, 732-733; E. MAZZA, *Mistagogia. Una teologia della liturgia in epoca patristica*, Roma 1988, 169-170; J. OROZ RETA, «Introducción» a SAN AGUSTÍN, *La catequesis de los principiantes*, en ID., *Obras completas*, XXXIX, BAC 499, Madrid 1988, 425-427.

⁸ Cf. HIPÓLITO, *Tradición apostólica* 17 (SC 11bis, 74).

⁹ Como explica Mario Victorino (s. IV): «...resonar al lado de uno, como sucede cuando uno, al principio, quiere hacerse cristiano y le suenan a su rededor los nombres de Dios o de Cristo»: *Comentario a la Carta de Pablo a los Gálatas*, 2, 6, 6 (PL 8, 1194A).

mero análisis del lenguaje revela un hecho importante: el vocabulario litúrgico y el catequético se han desarrollado a la par. Más aún, es en el ámbito de la catequesis donde el lenguaje litúrgico se hace inteligible; y es en la celebración litúrgica donde el lenguaje de la catequesis se contrasta, tanto en los contenidos que desarrolla como en la Palabra de Dios que ahí se proclama. Las versiones litúrgicas de la Escritura, adoptada por las comunidades, generan el primer vocabulario cristiano del que se vale la catequesis. Respecto a la implicación del vocabulario litúrgico y catequético en su fase de gestación, tal como lo presentan los Padres de la Iglesia, resulta especialmente iluminador el análisis del término *mysterion*. Los primeros autores cristianos ven la liturgia en el marco de los *mysteria* o *sacramenta*, presentes en toda la revelación. El Antiguo Testamento se entiende como preparación y figura de Cristo y de las realidades cristianas, de forma que la Escritura se considera llena de «misterios». Después de Justino se tiende a designar la economía salvífica en su conjunto con el término *mysterion*, y a los acontecimientos históricos de la vida de Jesús se les llama *mysteria*. A partir del siglo III, el concepto de *mysterion*, *mysterium*, *sacramentum* aparece como la clave que permite reflexionar sobre la liturgia y exponer sus contenidos¹⁰.

4º.- Analizar las nociones implicadas en el significado que se da a los términos «liturgia» y «catequesis». Este análisis es posible a partir del concepto clave de *mysterion*, en torno al cual encontramos otros que han pasado al vocabulario habitual de la catequesis y de la liturgia, como *imagen*, *signo*, *tipo*, *sombra*, *figura*. Es interesante también advertir cómo a partir del siglo V, por influjo del neoplatonismo, la liturgia asume el lenguaje cultural de la *teurgia*. De capital importancia en este sentido es la obra del enigmático autor del *Corpus Dionysiacum*, imposible de entender en su dimensión litúrgica y catequética sin la obra de los neoplatónicos Jámblico y Proclo¹¹. Con la incorporación del lenguaje teúrgico se corre el riesgo de poner en segundo plano el aspecto temporal e histórico de la revelación, subrayando sobre todo su valor de imagen respecto a las relaciones del hombre con Dios, considerados en un plano casi trascendente.

5º.- Finalmente, desde el punto de vista terminológico, habrá que indicar la evolución posterior del lenguaje litúrgico y catequético en las diferentes tradiciones teológicas. Así, observamos cómo a partir del siglo VI, el concepto clave de *mysterion* va a conocer una evolución semántica diferente

¹⁰ Cf. C. VAGAGGINI, *El sentido teológico de la liturgia*, BAC, Madrid ²1965, 560-573; B. STUDER, «Mistero», en *Dizionario Patristico e di Antichità Cristiane* (DPAC), II, Marietti, Casale Monferrato 1983, 2265-2266; B. NEUNHEUSER, «Misterio», en NDL 1321-1342 (bibliografía).

¹¹ Cf. Y. DE ANDIA, «Mystères, unification et divinisation de l'homme selon Denys l'aréopagite», *Orientalia Christiana Periodica* 63 (1997) 273-332.

en oriente y occidente. En oriente, por influjo del PseudoDionisio Areopagita y, posteriormente, de Máximo el Confesor, se entiende la liturgia como reproducción en la tierra de la vida del cielo, de la que el hombre participa verdaderamente por medio de ella. Cielo y tierra se tocan en la liturgia que se reviste de signos sensibles para que el hombre, dada su condición corporal y espiritual, pueda gozar de la luz divina¹². Esta concepción, en mayor o menor medida, pasará a la tradición bizantina posterior, manteniéndose hasta nuestros días¹³. En occidente, se insiste más en que la liturgia actualiza la historia de la salvación mediante los misterios que de ella se celebra. Importa el aspecto histórico de dichos misterios, pues la liturgia permite al hombre hacerse contemporáneo de los mismos. Celebrando los misterios de la vida del Señor se participa de su salvación. Tal será la concepción de fondo que recorre, aún con diferencias notables, la liturgia ambrosiana, la hispana-visigótica o mozárabe y la romana. Acentos diferentes en la liturgia oriental y occidental, generarán también acentos diferentes en la catequesis desarrollada en una tradición y otra.

2. Justificación del tema

El estudio *conjunto* de Liturgia y Catequesis en los Padres, exige además una justificación teológica. El riesgo siempre presente a la hora de abordar textos y autores antiguos es el de proyectar sobre ellos cuestiones y planteamientos que responden a nuestras inquietudes actuales, pero que no fueron tales para ellos. El binomio Liturgia-catequesis queda sobradamente justificado en la consideración que de ambas realidades hace hoy la teología. Pero ¿se puede decir lo mismo del período patrístico y, antes de él, de la predicación apostólica? Responder a esta cuestión en toda su complejidad exige proceder con orden.

Un rápido repaso de las palabras y gestos de Jesús permiten poner los cimientos de la justificación¹⁴. El cumplimiento del mandato de Jesús en la última Cena, *haced esto en memoria mía*, constituye el acto litúrgico central en torno al cual gira toda la acción sagrada de la Iglesia. La comunidad apostólica descrita por el libro de los *Hechos de los Apóstoles* se constituye como Iglesia – asamblea congregada- por la enseñanza, la fracción del pan y la comunidad de bienes (cf. Hch 2, 42). El gesto de la *fractio panis* acaba designando toda la celebración recordando así la importancia de lo dicho y hecho por Jesús la noche de su pasión. Pero la

¹² Cf. PSEUDODIONISIO AREOPAGITA, *Jerarquía celeste*, IX, 3 (PTS 36, 38; BAC 511, 159); *Jerarquía eclesiástica*, I, 2 (PTS 36, 65; BAC 511, 192).

¹³ Cf. R.F. TAFT, *Storia sintetica del rito bizantino*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1999.

¹⁴ Cf. J. ALDAZÁBAL, «La identidad de la liturgia cristiana según el NT», *Phase* 133 (1983) 29-48.

actualización de dicho gesto no se da sin la enseñanza. Más aún, ésta prepara a aquél. Las mismas palabras de Jesús tras el gesto del lavatorio de los pies, recogidas por el evangelista Juan, justifican el estrecho lazo que une el signo y la explicación. La pregunta dirigida a los discípulos: *¿comprendéis lo que he hecho con vosotros?* (Jn 13, 12) desencadena un movimiento que unirá ya para siempre el gesto, entendido como acción salvífica de Cristo, y la explicación del sentido, que prepara y acompaña al que se beneficia de él. En realidad, las acciones de Cristo son las que han pasado a la liturgia¹⁵. El mismo movimiento se descubre, ahora en forma de petición, en las palabras del eunuco de Candace: *¿cómo lo voy a entender si no me lo explica alguien?* (Hch 8, 31) que preceden a la explicación del apóstol Felipe y llevan a la recepción del bautismo. El apóstol cumplía así el mandato de Jesús resucitado antes de subir al cielo: *id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándoles en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo cuando os he mandado* (Mt 28, 19-20).

En la liturgia, todas las realidades de la historia de la salvación, manifestadas en Cristo, se encuentran en acto¹⁶. En ella encontramos al mismo Cristo¹⁷. Ahora bien, para que se pueda encontrar de verdad a Cristo en sus misterios, es necesario que ya se crea en Él, que se conozca el camino de la salvación y que se comprenda lo que ha sido anunciado y ha suscitado la fe. El dinamismo que lleva de la fe al encuentro de Cristo y de éste al conocimiento de la salvación, justifica el nexo entre liturgia y catequesis. Este nexo puede ser bien ilustrado enunciando algunos hechos presentes en el período patrístico¹⁸, tal como lo revelan los escritos de los Padres:

1º.- La liturgia postula la catequesis. La catequesis exige la liturgia.

2º.- La liturgia misma es ya catequesis. Lo es en cuanto es ejercicio de fe y comunicación de vida divina. La misma celebración enseña y su enseñanza capacita para una más fructuosa participación en la celebración.

3º.- La liturgia actúa mediante signos. Los Padres, a través de la catequesis de los signos litúrgicos, llevan a la liturgia.

4º.- La catequesis procura hacer comprender de forma unitaria las diferentes verdades reveladas. La liturgia contiene ya esas verdades unitariamente en cuanto las celebra.

¹⁵ «... quod itaque Redemptoris nostri conspicuum fuit, in sacramenta transivit»: LEÓN MAGNO, *Sermón 74*, 2 (PL 74, 398B; BAC 291, 307).

¹⁶ Cf. J. DANIELOU, *Historia de la salvación y liturgia*, Sígueme, Salamanca 1965; A. PISTOIA, «Historia de la salvación», en NDL 998-1015 (bibliografía).

¹⁷ «Criste... in tuis te invenio sacramentis»: AMBROSIO, *Apología del profeta David*, I, 12, 58 (CSEL 32, 2, 340B).

¹⁸ Cf. A.M. TRIACCA, «Liturgia e catechesi nei Padri. Note metodologiche», *Salesianum* 41 (1979) 262-266.

5º.- Cuanto más viva y mejor vivida es la liturgia, tanto más necesita de catequesis. La catequesis acompaña el crecimiento de la persona en su vida cristiana, crecimiento que no se da sin la participación en los misterios sagrados. Por eso, liturgia y catequesis crecen a la par en el cristiano que progresa en su vida de fe.

6º.- La catequesis patrística es, ante todo, explicación de los «misterios» que contiene la liturgia; dirigida a creyentes, no busca pruebas de tipo apologetico, sino que persigue la profundización contemplativa de la revelación; su tono es expositivo, no combativo¹⁹.

3. Las fuentes

Justificado el vínculo Liturgia-Catequesis en los Padres será necesario presentar después los escritos que permiten advertir las peculiaridades de ese vínculo. No se trata en este momento de reflexionar sobre los Padres de la Iglesia como fuente de la catequesis y/o de la liturgia, -cuestión extensa que merece ser tratada con posterioridad-, sino de presentar el conjunto de escritos de mayor relevancia para nuestro tema, intentando ordenarlos según un criterio acorde al período patrístico. En orden a una mayor claridad, se impone la distinción entre los textos que son fuente para la liturgia en los primeros siglos y los que lo son para la catequesis. Al enunciar unos y otros se observará cómo muchos de ellos pertenecen a ambos ámbitos lo cual nos permitirá hacer nuevas observaciones.

3.1. *Literatura teológica de interés litúrgico*

La catalogación propuesta por C. Vagaggini, realizada desde el punto de vista del género literario, sigue siendo válida²⁰. Desde ese punto de vista, se pueden ordenar los escritos en cinco grupos:

1º.- Literatura mistagógica o de iniciación. Aquí entran las catequesis a los catecúmenos y a los neófitos sobre el significado de los ritos de la iniciación cristiana. La explicación en estas obras se centra en el Credo o Símbolo de la Fe (*traditio y reeditio symboli*), en el Padrenuestro (*traditio orationis*), en los ritos prebautismales (exorcismos, unciones, etc.), en los ritos de la confirmación y de la eucaristía. A este grupo pertenecen las siguientes obras:

¹⁹ Ilustra bien este talante la expresión del PseudoDionisio Areopagita: «Nunca he querido entablar polémicas con griegos ni con nadie. Ante todo me basta instruirme rectamente en la verdad y después exponer convenientemente lo aprendido»: *Cartas*, VII, 1 (BAC 511, 388).

²⁰ Cf. C. VAGAGGINI, *El sentido teológico de la liturgia*, BAC, Madrid ²1965, 553-558. Se sigue básicamente la catalogación de este autor con algunas modificaciones.

1.1. Las obras de Tertuliano, *De oratione* y *De baptismo* escritas entre los años 200 y 206²¹. En la primera de ellas, el autor explica el significado de las peticiones del padrenuestro relativas a Dios (cc. 2-5) y las necesidades primarias del hombre (cc. 6-8), para extenderse luego en la naturaleza de la oración cristiana, que es ante todo oración de Cristo y del Espíritu, que brota del corazón y establece una relación de fraternidad humana (cc. 10-29). El *De baptismo* es el único tratado anteniceno sobre el bautismo; de capital importancia para la historia de la liturgia y de los sacramentos. Para hacer frente a la opinión de Quintila, seguidora de la herejía de los cainitas que negaban la necesidad del bautismo, considerándolo ineficaz para conseguir la vida eterna, Tertuliano describe el rito del sacramento y analiza los pasajes bíblicos que lo prefiguran. Afronta el problema de la necesidad del bautismo para la salvación, del derecho de administrarlo, de su validez cuando es administrado por herejes y del bautismo conferido a los niños, sobre el cual el autor se muestra contrario²².

1.2. Las Catequesis prebautismales y mistagógicas de Cirilo de Jerusalén, compuestas en el siglo IV, en pleno desarrollo de la organización del catecumenado. Se trata de un conjunto de 24 catequesis que se ocupan de las disposiciones previas a la recepción del bautismo, de la conversión, del significado del bautismo y del Credo; para concluir en las cinco últimas catequesis (mistagógicas) con la exposición y explicación de los ritos del bautismo, de la unción, del Cuerpo y Sangre de Cristo y de la liturgia eucarística. Las catequesis mistagógicas se atribuyen también a Juan de Jerusalén, sucesor de Cirilo en la sede jerosolimitana. La importancia de estas catequesis es extraordinaria para conocer la organización del catecumenado primitivo y los contenidos fundamentales que se explicaban²³.

1.3. Las obras de Ambrosio de Milán *Explanatio symboli*, *De sacramentis* y *De mysteriis*. En estas obras se exponen los ritos mediante los cuales los catecúmenos recibían los sacramentos de la iniciación cristiana. Después de la entrega del Credo, el domingo anterior a la Pascua,

²¹ Cf. CCL I, 255-274; 275-295; SC 35; TERTUL•LIÀ, *Sobre el batisme i altres escrits*, Barcelona 1989; J. RESTREPO-JARAMILLO, «Tertuliano y la doble fórmula en el símbolo apostólico», *Gregorianum* 15 (1934) 3-58; A. HERRERO DURÁN, «El bautismo en Tertuliano», *Liturgia* 11 (1956) 348-354; A. HAMMAN, *La oración*, Herder, Barcelona 1967, 709-713; E. KARLIC, *El acontecimiento salvífico del bautismo según Tertuliano*, Vitoria 1967.

²² Cf. J. DANIELOU – R. DU CHARLAT, *La catequesis en los primeros siglos*, Studium, Madrid 1975, 167-171.

²³ Cf. CPG II 3585-3618; PG 33, 331-1178; SC 126; SAN CIRILO DE JERUSALÉN, *Catequesis*, trad. C. Elorriaga, Bilbao 1991; CIRILO DE JERUSALÉN, *Catequesis*, trad. J. Sancho Bielsa, Teruel 1995, CIRILO DE JERUSALÉN, *El Espíritu Santo (catequesis XVI-XVII)*, trad. C. Granado, BPa 11, Madrid 1990.

en la noche del Sábado Santo se celebraba en forma sucesiva la *apertio*, la bendición del agua bautismal, la unción, las renunciaciones bautismales, la administración del bautismo, la unción de la cabeza, la lectura de Jn 13, el lavatorio de los pies, la entrega del vestido blanco, el *spiritale signaculum* y la celebración de la eucaristía. La *Explanatio symboli* es una catequesis que conserva el estilo oral en la que se explica el Credo, dividido en doce partes, tal como se realizaba en torno al rito de la *traditio*. El *De sacramentis* es un conjunto de seis sermones, pronunciados entre el martes y el domingo de la semana *in albis*. En ellos se explican las diferentes fases del rito bautismal y de la eucaristía, para terminar con una catequesis sobre la oración. El *De mysteriis* es un tratado sintético en el que el autor recopila los argumentos tratados en *De sacramentis*. Las tres obras hay que situarlas entre el 386 y el 390²⁴.

1.4. Las homilías catequéticas de Teodoro de Mopsuestia, compuestas hacia el año 392. Son un conjunto de dieciséis catequesis, de las cuales las diez primeras están dedicadas a comentar el Credo de Nicea y las seis restantes exponen el Padrenuestro, la liturgia bautismal y la eucaristía. Las primeras están destinadas a los catecúmenos como preparación para el bautismo; las últimas se dirigen a los neófitos a lo largo de la semana que sigue al bautismo. Son un precioso testimonio de la liturgia y catequesis antioquenas tal como se desarrollaban a finales del siglo IV. Guardan un estrecho paralelo con las catequesis de Cirilo de Jerusalén²⁵.

1.5. Las catequesis bautismales de Juan Crisóstomo. Se trata de un conjunto de doce homilías que pertenecen a sus años de presbiterado en Antioquía y de episcopado en Constantinopla, entre los años 388 y 397. Fueron pronunciadas, en parte, como preparación previa al bautismo en la vigilia pascual y, en parte, como catequesis mistagógicas en la semana de Pascua. Juan presenta el bautismo como renacimiento, iluminación, muerte y resurrección con Cristo, como desposorio espiritual y perdón radical de todos los pecados²⁶.

1.6. La enseñanza de san Agustín a los catecúmenos y a los neófitos, recogida principalmente en los sermones 212 al 216, 224 al 229 y 272, así

²⁴ Cf. *Opera omnia di Sant' Ambrogio*, XVII, Introduzione, traduzione, note e indici di G. Banterle, Milano-Roma 1982; SAN AMBROSIO, *La iniciación cristiana: la explicación del símbolo, los sacramentos, los misterios*, Neblí 45, Rialp, Madrid 1978; AMBRÒS DE MILÀ, *Els sacraments i Els deures*, Barcelona 1992.

²⁵ Cf. TEODOR DE MOPSUÈSTIA, *Homilies catequètiques*, Barcelona 2000; A. CAÑIZARES LLOVERA, «El catecumenado según Teodoro de Mopsuestia», *Estudios* 52 (1976) 147-193; J.M. LERA, «... y se hizo hombre». *La economía trinitaria en las catequesis de Teodoro de Mposuestia*, Bilbao 1977; I. OÑATIBIA, «El misterio del bautismo en la catequesis de Teodoro de Mopsuestia», *Teología y Catequesis* 5 (1980) 217-240.

²⁶ Cf. SC 50bis; JUAN CRISÓSTOMO, *Catequesis bautismales*, BPa 3, Ciudad Nueva, Madrid ²1995.

como en sus escritos *De doctrina christiana*, *De catechizandis rudibus* y *De symbolo ad catechumenos*. El primero de ellos, comenzado en el 397 y terminado en el 427 ofrece un método hermenéutico de interpretación de la Escritura. Sobre la base de la distinción entre cosas (*res*) y signos (*signa*), Agustín enseña que Dios se da a conocer por signos, como son las palabras de la Escritura y los sacramentos de la Iglesia, cuyo sentido ha de captar el creyente. El *De catechizandis* (339-340) enseña de modo muy práctico la pedagogía de la catequesis y el *De symbolo* es una explicación del Credo en el contexto de la *traditio* y *reditio*. En el santo hiponense descubrimos una catequesis no sólo bien sistematizada, como se percibe ya en los autores anteriores, sino hecha reflexión refleja. No sólo se hace catequesis, sino que se enseña y se fundamenta la acción catequética en cuanto tal²⁷.

2º.- Tratados explicativos de la liturgia. A partir del siglo V se desarrollan, en continuidad con los escritos del grupo anterior, obras de tipo sintético sobre puntos particulares o genéricos de la liturgia. A diferencia de los anteriores, no se dirigen a los catecúmenos y neófitos, sino a todos los fieles, a veces a un grupo selecto de fieles, o incluso a solo clérigos y monjes. Se explican no sólo los ritos de la iniciación, sino también las demás partes de la liturgia: consagración de los óleos, ordenación de obispos, presbíteros y diáconos, penitencia pública, esponsales, consagración de vírgenes, etc. La aparición de estos escritos irá en aumento incluso cuando el catecumenado inicia su decadencia. Entre estos escritos se pueden contar los siguientes:

2.1. La *Jerarquía celeste* y la *Jerarquía eclesiástica* del PseudoDionisio Areopagita. Se trata de dos escritos aparecidos junto a otros bajo el nombre del discípulo convertido por san Pablo en el areópago. Se ignora quien es su auténtico autor, aunque parece ser un monje de origen sirio de inicios del siglo VI, procedente de ambientes neoplatónicos. Ambas obras responden a un mismo esquema: iluminación, noción de jerarquía y órdenes diversos que la componen. La segunda obra se propone como reflejo simétrico de la primera. La *Jerarquía celeste* recoge la doctrina dionisiana sobre los ángeles, su clasificación en rangos diversos, su relación con Dios y con los hombres. Sin embargo, lejos de querer ser una angeología, esta obra desea presentar un tramo, el primero, del recorrido que la Luz divina sigue hasta llegar al hombre. La *Jerarquía eclesiástica*, en continuidad con la anterior, se apoya en una tesis fundamental: la Providencia divina en su sagrada disposición ha considerado digna «nuestra santísima jerarquía de la imitación supramundada de las jerarquías celestes. El orden en el que el hombre vive resulta ser un reflejo del orden celestial.

²⁷ Cf. SAN AGUSTÍN, *Obras completas*, XXIV, BAC 447, Madrid 1983; Idem, XXXIX, BAC 499, Madrid 1988. La bibliografía particular puede consultarse en esas obras.

El cosmos sensible es presencia mediada del invisible. El universo se concibe como liturgia y la Iglesia es el *locus* donde la jerarquía humana realiza y colma el proyecto de Dios sobre ella²⁸.

2.2. La *Mistagogia* de Máximo el Confesor, escrita hacia el 660. Obra influenciada en la sistematización y en los presupuestos filosóficos neoplatónicos por el *Corpus Dionysiacum*, destinada a explicar de forma simbólica y alegórica las ceremonias realizadas durante la celebración eucarística²⁹. En el período bizantino posterior otros autores desarrollarán este género literario hasta llegar a la explicación de la divina liturgia de Nicolás Cabasilas (s.XIV) y a las obras teológico-litúrgicas de Simeón de Tesalónica (s.XV).

2.3. El *De ecclesiasticis officiis* de Isidoro de Sevilla, escrito entre el 598 y el 615. Constituye un verdadero manual de liturgia, dividido en dos partes. En la primera se trata de los elementos de la oración litúrgica: cantos, oraciones, salmos, etc; del orden y oraciones de la misa; de los horas canónicas; de los tiempos litúrgicos y de las fiestas; de los ayunos litúrgicos. En la segunda parte se trata de los diversos órdenes de fieles: clérigos, monjes, penitentes, vírgenes, viudas, etc; del bautismo; de la crismación, de la confirmación³⁰.

2.4. El *Liber de cognitione baptismi* de Ildefonso de Toledo, escrito hacia el año 660. Es un estudio teológico, simbólico y ritual del bautismo, que consta de 142 capítulos. La obra constituye una sistematización de la teología del bautismo completada con numerosas indicaciones sobre los ritos correspondientes, no siempre descritos íntegramente, ni debidamente explicados³¹.

3º.- Homilías sobre las fiestas litúrgicas. Este género literario ha sido cultivado desde la antigüedad, habiéndose conservado importantes documentos escritos. Los más destacados son los siguientes:

²⁸ Cf. PTS 36; SC 58; *Obras completas del PseudoDionisio Areopagita*, BAC 511, Madrid 1990; PSEUDODIONÍS AREOPAGITA, *La Jerarquía celestial. La Jerarquía eclesiástica*, Barcelona 1986; J. RICO PAVÉS, *Semejanza a Dios y divinización en el «Corpus Dionysiacum»*. *Platonismo y cristianismo en Dionisio el Areopagita*, Estudio Teológico de San Ildefonso, Toledo 2001.

²⁹ Cf. PG 91, 657-718; I.H. DALMAIS, «Mystère liturgique et divinisation dans la *Mistagogie* de S. Maxime le Confesseur», en *Epektasis. Mélanges patristiques offerts au Cardinal Jean Daniélou*, Paris 1972, 55-62.

³⁰ Cf. PL 83, 737-826; A.C. LAWSON, «Las fuentes del *De ecclesiasticis officiis* de san Isidoro», *Archivos Leonenses* 33 (1963) 129-176; 34 (1963) 109-138.

³¹ Cf. PL 96, 11-172; *Santos Padres españoles*, I, BAC 320, Madrid 1971; L. ROBLES, «Anotaciones a la obra de san Ildefonso de Toledo *De cognitione baptismi*», en *La Patrología toledano-visigoda*, Madrid 1970, 263-335; J.M. HORMAECHEA BASAURI, *La pastoral de la iniciación cristiana en la España visigoda. Estudio sobre el «De cognitione baptismi» de san Ildefonso de Toledo*, Estudio Teológico San Ildefonso, Toledo 1983.

3.1. Las antiguas *homilías pascuales*, entre las que destaca la de Melitón de Sardes, pronunciada entre los años 160 y 170. La homilía testimonia la celebración de la fiesta de la Pascua el día 14 del mes de Nisán. Partiendo de Ex 12, 2 se llega al misterio pascual de Cristo, del cual la pascua del AT es figura³². Otras homilías anónimas del mismo período han llegado hasta nosotros, mostrándonos una honda teología desarrollada en torno a la celebración del misterio pascual³³.

3.2. Homilías sobre todas las fiestas del año litúrgico, muy abundantes a partir del siglo IV, tanto en ámbitos de lengua griega como de lengua latina. Destacan, en lengua griega, algunos sermones de Gregorio Nacianceno y de Gregorio de Nisa³⁴, y, en lengua latina, los numerosos sermones litúrgicos de san Agustín y las homilías de san León Magno³⁵.

4º.- Cartas pascuales que los patriarcas alejandrinos acostumbraban a dirigir a sus fieles al principio de la Cuaresma. Se han conservado de Atanasio y de Cirilo³⁶.

5º.- Los libros litúrgicos. El período más antiguo se caracterizó por la espontaneidad y la libertad creadora. La improvisación era lo norma. Lentamente se va introduciendo el texto escrito, compuesto por otros distintos del celebrante. Los más antiguos son los *ordines* y los *sacramentarios*, todos ellos posteriores a Gregorio Magno (†604). La *Traditio apostolica* del Pseudo Hipólito, mezcla liturgia y normas disciplinarias; los *libelli missarum*, breves formularios de misas para ocasiones variadas, constituyen la fase preparatoria de los sacramentarios.

5.1. Los *ordines* son textos muy breves, escritos a modo de directorios que contenían las normas que se habían de seguir en las diversas celebraciones: misa, bautismo, ordenación, etc. Los primeros se remontan a los siglos VII y VIII. Los *ordines* son interesantes no sólo para conocer la liturgia del tiempo, sino también la sociedad.

5.2. Los *sacramentarios* son los libros litúrgicos que se usaron en la Iglesia latina hasta finales del siglo IX; en ellos se encuentran las fórmulas de la misa reservadas al celebrante (prefacio, canon, oraciones) y las plegarias relativas a los ritos de los sacramentos (bautismo, confirmación, ordenación, etc.) o de otras ceremonias religiosas (consagración de iglesias, bendiciones diversas, etc.). Cuatro son los sacramentarios: i) el

³² Cf. SC 123; MELITÓN DE SARDES, *Homilía sobre la Pascua*, Pamplona 1975; MELITÒ DE SARDES, *Homilía sobre la Pasqua*, Barcelona 1989; J.M. CANALS CANALS, «El misterio pascual en Melitón de Sardes», en *Mysterium et ministerium. Miscelánea en honor del profesor Ignacio Oñatibia*, Vitoria 1993, 201-217.

³³ Cf. SC 27; 36; 48.

³⁴ Cf. p.ej. GREGORIO NACIANCENO, *Homilías sobre la natividad*, BPa 2, Madrid 1992.

³⁵ Cf. BAC 447 y 291, respectivamente.

³⁶ Cf. PG 26, 1360ss.; 77, 402ss.

Sacramentarium leonianum o *Veronense*, compilado hacia el 537; ii) el *Sacramentarium Gelasianum Vetus*, viene a ser el misal romano difundido en el siglo VI; iii) el *Sacramentarium Gelasianum*, del siglo VIII, compilado en un monasterio benedictino; y iv) el *Sacramentarium Gregorianum*, de la segunda mitad del siglo VII.

6º.- Por último, obras teológicas del período patrístico de importancia indirecta para la catequesis y la liturgia. Se trata de obras que abordan un tema doctrinal para cuya exposición se acude a argumentos tomados de la práctica catequética y/o litúrgica. En este grupo se pueden citar el *De Trinitate*, de Dídimo el Ciego, el *De Spiritu Sancto*, de Basilio Magno y algunas obras de san Agustín, como el *De peccatorum meritis*, *De baptismo*, el *Opus imperfectum* y el *De dono perseverantiae*.

3.2. Fuentes de la catequesis patrística

Al igual que con la liturgia, se trata ahora de elencar los más antiguos elementos de catequesis posteriores al Nuevo Testamento. Como ya se apuntó, en los escritos neotestamentarios encontramos testimonios abundantes de enseñanzas con función catequética clara, aunque todavía no pueden ser llamados catequesis en cuanto tal. Habrá que esperar a finales del siglo II, para encontrar una enseñanza que se diferencia del *kerygma* y de la predicación homilética. El paso, sin embargo, del NT a los escritos de ese período se produce en línea de continuidad gracias a un conjunto de escritos primitivos en el que confluyen temáticas diversas, algunas de las cuales son importantes para la catequesis. La clasificación propuesta por J. Danielou para este propósito sigue guardando actualidad³⁷.

1º.- Catequesis cristiana primitiva. Bajo este título se engloba un conjunto de obras aparecidas en el período postapostólico; no tienen carácter sistemático y responden a inquietudes y temáticas diversas. La catequesis no es todavía motivo de una reflexión refleja, aunque transmiten una enseñanza de indudable valor catequético. A este grupo pertenecen:

1.1. La *Didaché* o *Doctrina de los doce apóstoles*. Es un escrito breve, recopilación de materiales antiguos, de estructura heterogénea en el que se recogen instrucciones de tipo moral, litúrgico y disciplinar. Constituye un testimonio de capital importancia, dada su antigüedad (hacia el año 70), para conocer la vida de una iglesia que daba sus primeros pasos. Desde el punto de vista catequético es singularmente importante porque muestra cómo la catequesis entronca en esta época en la tradición judaica, hasta el

³⁷ Cf. J. DANIELOU – R. DU CHARLAT, *La catequesis en los primeros siglos*, Studium, Madrid 1975, 17-29. Se sigue básicamente el elenco de J. Danielou con algunas adaptaciones.

punto de adoptar de ella algunos elementos, como la enseñanza sobre las dos vías³⁸.

1.2. La llamada *Epístola de Bernabé*, que, a pesar del nombre con que se le ha conocido tradicionalmente, no es ni una carta ni ha sido escrita por Bernabé, el compañero de Pablo en sus viajes. Parece más bien una recopilación de materiales en la que es fácil detectar el estilo homilético. Habría sido escrita para exhortar a los cristianos sometidos a duras pruebas en su fe, posiblemente frente a los judíos. En una primera parte el autor articula una exposición centrada en la Alianza de Jesús según tres momentos (encarnación, muerte-resurrección y perdón de los pecados). En la segunda parte, encontramos de nuevo la catequesis sobre los dos caminos. Su importancia catequética estriba en el modo admirable en que utiliza el AT para la catequesis y en la prueba indirecta que ofrece sobre la existencia de colecciones de *Testimonia*³⁹.

1.3. La *Doctrina de los apóstoles* es un escrito muy breve de origen judío aunque redactado en griego, breve catequesis sobre «los dos caminos», tema frecuente en la instrucción judía que pasó a la enseñanza cristiana replanteada a partir del misterio de Cristo. Este escrito fue conocido por el recopilador de la *Didaché* y por autores posteriores que incorporaron esa misma temática⁴⁰.

1.4. La *Segunda Carta de Clemente a los corintios* (pp. 499-529) es, en realidad, una homilía anónima, la más antigua de la literatura cristiana, en la que se exhorta a vivir conforme al bautismo y a tener presente el desenlace último de la vida. En su exposición no falta la intención antignostica. Ofrece datos interesantes sobre la preparación al bautismo⁴¹.

2º.- Obras sistemáticas de los siglos II-III. A partir de finales del siglo II encontramos escritos ordenados de intención catequética explícita. A pesar de haber surgido en un contexto polémico, el estilo de estos escritos no es principalmente apologético. Los destinatarios son creyentes que profundizan en su vida de fe.

2.1. La *Demostración de la predicación apostólica* de Ireneo de Lyon. El objetivo de la obra es exponer la «predicación de la verdad» ofreciendo «las pruebas de los dogmas divinos». La Primera Parte es una exposición de la fe en forma histórica, siguiendo las grandes etapas de la historia de la salvación. La Segunda Parte ofrece la demostración propiamente dicha: a partir de los textos del AT se exponen los principales misterios de Cristo. La *Demostración* es la primera exposición cristiana en la que se presenta

³⁸ Cf. FuP 3; *Padres Apostólicos*, BPa 50, Editorial Ciudad Nueva, Madrid 2000, 15-54.

³⁹ Cf. *Ibidem* 65-119.

⁴⁰ Cf. *Ibidem* 55-63.

⁴¹ Cf. FuP 4; *Ibidem* 499-529.

catequéticamente la historia de la salvación, temática que será esencial en la catequesis posterior⁴².

2.2. El *De baptismo* de Tertuliano, presentado ya a propósito de la liturgia. Su valor para la catequesis estriba en ofrecer la primera exposición completa cristiana sobre el sacramento del bautismo, sirviendo como modelo para catequesis posteriores. Es, además, de capital importancia por el testimonio que ofrece de lectura tipológica del bautismo en el AT y NT, como luego encontraremos en la tradición catequética.

2.3. Los *Testimonia ad Quirinum* de Cipriano de Cartago⁴³. Son una colección de citas del Antiguo Testamento, clasificadas según el plan de la catequesis. La Primera Parte, está dedicada a la catequesis dogmática. La Segunda, a la catequesis moral.

2.4. El *Pedagogo* de Clemente de Alejandría. A partir de la presentación de Cristo como Maestro, se exhorta a vivir como verdaderos cristianos. Encontramos aquí el contenido de la catequesis moral concretado en la vida cotidiana⁴⁴.

2.5. Prácticamente en la totalidad de los escritos de Orígenes se encuentran referencias a la estructura de la catequesis y a la organización del catecumenado, aunque abundan en su *Contra Celso*⁴⁵. Eusebio de Cesarea lo describe con precisión como verdadero catequeta⁴⁶.

3º.- Catequesis de adultos en el siglo IV. Los siglos IV y V constituyen el período patrístico más fecundo para la catequesis y la liturgia, en cuanto a producción literaria se refiere. La iniciación cristiana se dirige principalmente a los adultos, aun en el caso de los nacidos en familias cristianas. En este período la catequesis es misión propia del obispo. A este período pertenecen las catequesis, ya citadas a propósito de la liturgia, de Cirilo de Jerusalén, de Teodoro de Mopsuestia, de Juan Crisóstomo, así como los escritos, también citados, de Ambrosio de Milán, y de Agustín de Hipona. A éstos, que ya han sido presentados, hay que añadir los siguientes.

3.1. El *Comentario al Símbolo* de Rufino de Aquileya, que ofrece un tema directamente catequético: la explicación del Credo⁴⁷.

3.2. Las *Instrucciones a los catecúmenos* de Nicetas de Remesiana. Son un conjunto de seis opúsculos conservados parcialmente, en los que se afrontan diferentes temas destinados a la formación de los candidatos al

⁴² Cf. FuP 2.

⁴³ Cf. CCL 3, 3-179.

⁴⁴ Cf. FuP 5.

⁴⁵ Cf. BAC 271.

⁴⁶ Cf. EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica*, VI, 3, 3 (BAC 350, 354).

⁴⁷ Cf. RUFINO DE AQUILEYA, *Comentario al Símbolo*, BPa 56, Madrid 2002.

bautismo. El interés de estas obras estriba en que son la única catequesis completa de lengua latina en esta época⁴⁸.

3.3. El *Itinerario* de Egeria. Es el relato de una mujer del siglo IV que visitó Tierra Santa en un largo viaje de muchos años, describiendo la vida de las comunidades eclesiales por donde pasó. Ofrece una información preciosa y completa sobre el marco de la catequesis⁴⁹.

4º.- Escritos metodológicos. Se trata de escritos que informan sobre la organización del catecumenado, la estructura y el método catequético, y no tanto sobre los contenidos propiamente dichos. Tres son los principales:

4.1. La *Traditio apostolica* del PseudoHipólito. Es una especie de ritual o reglamento eclesiástico sobre la ordenación de obispos, sobre las diversas órdenes de la Iglesia, la iniciación de los catecúmenos, etc. Su importancia estriba en que muestra la organización del catecumenado a finales del siglo III en la Iglesia de Roma⁵⁰.

4.2. El *Discurso catequético* de Gregorio de Nisa. Compuesto con la intención de adaptar la catequesis a un ambiente de influencia neoplatónica. Constituye un esfuerzo notable de adaptación pastoral del mensaje evangélico a unos destinatarios con una formación muy concreta⁵¹.

4.3. El *De catechizandis rudibus* de Agustín de Hipona, ya reseñado, compuesto originariamente para estimular al diácono Deogracias, responsable de la catequesis de Cartago, desalentado en su misión. Agustín analiza las causas del fracaso en la catequesis y presenta las líneas de una espiritualidad del catequista. Constituye un verdadero tratado de método, estructura y contenido para la catequesis⁵².

4. Articulación del tema

El mero enunciado de las fuentes permite hacer algunas observaciones de cara a la articulación del tema sobre la relación entre liturgia y catequesis en el período patrístico.

Un primer dato se impone: el período más fecundo en cuanto a producción literaria de carácter litúrgico y catequético lo encontramos en los siglos IV y V. En consecuencia, en el estudio de la relación entre catequesis y liturgia la mayor atención deberá centrarse en ese período. En esta época se desarrolla la noción de catequesis, como forma de enseñanza con método y contenidos propios, bien diferenciada de otras formas de transmisión de la fe: predicación a paganos, refutación, tratados teológicos,

⁴⁸ Cf. NICETAS DE REMESIANA, *Catecumenado de adultos*, BPa 16, Madrid 1992.

⁴⁹ Cf. A. ARCE, *Itinerario de la virgen Egeria*, BAC 416, Madrid 1980.

⁵⁰ Cf. HIPÓLITO DE ROMA, *La tradición apostólica*, Sígueme, Salamanca 1981.

⁵¹ Cf. GREGORIO DE NISA, *La gran catequesis*, BPa 9, Editorial Ciudad Nueva, Madrid 1990.

⁵² Cf. AGUSTÍN, *Obras completas*, XXXIX, BAC 499, Madrid 1988, 423-534.

etc. En la configuración del concepto de catequesis aparece la liturgia: la catequesis es para la liturgia y de ella brota. Eso no significa que el objeto de la catequesis sean exclusivamente los elementos propios de la celebración. En la catequesis, que se orienta y surge de la liturgia, se abordan todos los misterios cristianos en cuanto acogidos por la fe; en la liturgia, dichos misterios son celebrados.

Un segundo dato que se advierte es la unanimidad que existe en toda la Iglesia, tanto de oriente como de occidente, a la hora de fijar los contenidos fundamentales de la catequesis: fe, credo o Profesión de fe, liturgia (iniciación y mistagógica) y oración (padrenuestro). La organización del catecumenado es prácticamente idéntica en casi todas las iglesias. Los diferentes contenidos responden a etapas progresivas del catecumenado. Al estudiar la organización del catecumenado primitivo habrá, pues, que notar los contenidos específicos propios de cada etapa y el lugar que ocupa la liturgia en esa organización.

Por último, se advierte cómo sólo a partir del siglo VI aparece un género literario nuevo (el comentario litúrgico) en el que liturgia y catequesis se escinden. El estudio separado, aunque sólo sea a nivel lógico, de ambas realidades permite luego sacar conclusiones sobre el binomio liturgia-catequesis.

5. Catequesis en los Padres

Al presentar de forma individuada la catequesis patristica, habrá que buscar, en primer lugar, qué entienden los Padres por catequesis y si esa noción es común a todos ellos. El análisis del lenguaje permitía notar la presencia del sustantivo “catequesis”, tanto en oriente como en occidente, ya desde el siglo II. El uso del sustantivo conserva el matiz propio del verbo correspondiente y, por catequesis, se entiende, sin más, “exposición oral”; con tal sentido es utilizado repetidas veces, sin que de ello se haga reflexión refleja.

La *Demostración de la predicación apostólica* de Ireneo de Lyon, a finales del siglo II, pretende ser un *diálogo escrito* en el que se exponen de forma unitaria, sintética y completa el conjunto de las verdades reveladas. El escrito posee una función catequética clara: instruye al que lo recibe y sirve de referencia para catequizar a otros:

Dado que en el actualidad estamos físicamente separados uno del otro, he decidido, dentro de mis posibilidades, conversar contigo por escrito y exponerte brevemente la predicación de la verdad para fortalecer tu fe. Lo que te envío es una especie de promemoria sobre los puntos fundamentales, de tal modo que en pocas páginas puedas encontrar abundante materia teniendo reunidas concisamente las líneas fundamentales del cuerpo de la verdad y con este compendio tengas a mano las pruebas de las realidades divinas. Pienso que te será

útil no sólo para tu salvación sino también para confutar a los que defienden falsas opiniones y, a quien lo quiera conocer, le podrás exponer con seguridad nuestra enseñanza en su integridad y pureza⁵³.

A finales del siglo IV, cuando el desarrollo del catecumenado conoce su esplendor, encontramos una definición en la que el objeto de la exposición constituye ya el motivo que define su especificidad. La definición la ofrece la peregrina Egeria, al describir la vida de los cristianos en Jerusalén:

...el obispo les enseña la ley de esta manera: comenzando por el Génesis, durante aquellos cuarenta días va recorriendo todas las Escrituras, exponiéndolas primero según el sentido literal, y explicando luego el sentido espiritual. Lo mismo se hace hablando de la resurrección y de la fe, explicándolo todo durante aquellos días; esto es lo que se llama *catequesis*⁵⁴.

Egeria continua su relato recordando cómo los catecúmenos, después de cinco semanas de enseñanza, reciben el Símbolo, del cual se les expone la doctrina. Pasadas siete semanas, el domingo anterior al Domingo de Pascua, los catecúmenos “devuelven” el Símbolo al obispo, es decir, lo recitan ante él de memoria y el obispo les exhorta diciendo:

Durante estas siete semanas habéis sido instruidos en toda la ley de las Escrituras, y también se os ha hablado de la fe; habéis oído de la resurrección de la carne, como asimismo de todo el contenido del símbolo, como lo habéis podido oír siendo aún catecúmenos; pero en cuanto a los misterios más altos, es decir, al bautismo mismo, no podéis oírlo, por ser todavía catecúmenos. Y no debéis creer que esto se haga sin razón; cuando en el nombre de Dios seáis bautizados, lo oiréis durante los ocho días de Pascua después de hecha la despedida en la Anástasis; porque siendo todavía catecúmenos, los misterios más secretos de Dios no se os pueden decir⁵⁵.

El testimonio de Egeria revela que por catequesis se entiende, primariamente, la instrucción oral que precede al bautismo y versa sobre la historia de la salvación, la fe, el misterio pascual de Cristo y el Credo. Esta instrucción se realiza en vistas al sacramento del bautismo y una vez recibido éste se prolonga en la exposición de los misterios contenidos en el sacramento.

El objetivo de la catequesis es fundamentar la vida cristiana mediante la instrucción oral de las verdades reveladas en su conjunto. Estas verdades no se proponen como un mero saber teórico, sino como fundamento efectivo de la propia vida, en todas sus dimensiones. No extraña, pues, que

⁵³ IRENEO DE LYON, *Demostración de la predicación apostólica*, FuP 2, Ed. Ciudad Nueva, Madrid 1992, 52.

⁵⁴ A.ARCE, *Itinerario de la virgen Egeria*, BAC 416, Madrid 1980, 313-315.

⁵⁵ *Ibidem* 317.

Cirilo de Jerusalén compare la instrucción catequética a los cimientos de un edificio:

Este consejo te doy: que guardes para siempre y no te olvides de lo que se te dice. No pienses que estas son las homilias de costumbre; y aunque estas son buenas y dignas de atención, y aunque nos distrajéramos algo por un día, lo aprenderíamos al siguiente. Mas la doctrina acerca del bautismo que se enseña por orden, si hoy te descuidas en aprenderlo, ¿cuándo se aprenderá?... Considera que la catequesis es como una especie de edificio que si no se cava y se pone el fundamento, si no se une la casa con serie ordenada de tramos y buena construcción, de modo que no se quede nada flojo y ruinoso, se perderá toda la primera labor efectuada... Del mismo modo, y como si fueran piedras, te presentamos todas las doctrinas: conviene oír lo que se refiere a Dios vivo, lo referente al juicio, a Cristo, y a la resurrección. Y otras muchas cosas se dirán que ahora las explicamos simultáneamente, pero que a su tiempo se dirán ordenadamente, dispuestas en su lugar⁵⁶.

Para Cirilo, como para los autores del siglo IV, la catequesis forma parte integrante del proceso de configuración de la personalidad cristiana. No es posible ser cristiano (no sólo llegar a serlo) prescindiendo de la catequesis, de la misma forma que es inimaginable un edificio que carezca de cimientos.

5.1. Estructura del catecumenado

Antes, sin embargo, de Cirilo y del testimonio de Egeria, en la *Traditio apostolica* encontramos ya una descripción detallada de la iniciación cristiana. Desde comienzos del siglo III la estructura de la preparación al bautismo ya está determinada en sus líneas esenciales. El siglo IV, en que vive Egeria, no hará más que llevarlas a su plena expansión. Los testimonios de oriente y de occidente coinciden al presentar la organización del catecumenado⁵⁷.

Desde el siglo III los catecúmenos constituyen en la Iglesia un orden en sentido estricto, sometido a un período de prueba en el que se estudia la aptitud de cada uno para llevar una vida cristiana y se examina su fe. Se distinguen dos etapas, cada una inaugurada por un examen: i) la de preparación remota al bautismo, a la que pertenecen los *catecúmenos* (oriente) u *oyentes* (occidente); y, ii) la de la preparación inmediata, a la que pertenecen los *iluminados* (oriente) o *elegidos* (occidente). Después del bautismo, los nuevos cristianos tendrán todavía que profundizar en su

⁵⁶ CIRILO DE JERUSALÉN, *Catequesis*, Protocatequesis, 10-11 (PG 33, 335).

⁵⁷ Cf. D. BOROBIO, «Catecumenado», en NDL 299-305; E. ROMERO POSE, «Catequesis en la época patristica», en V.M^a. PEDROSA, M^a. NAVARRO, R. LÁZARO, J. SASTRE (DIR.), *Nuevo diccionario de catequética*, I, Ed. Paulinas, Madrid 1999, 362-374.

iniciación en una tercera etapa, que se limita a la semana de Pascua. En esa etapa las catequesis mistagógicas descubren a los neófitos todo el sentido del sacramento que han recibido. Al catecumenado estructurado en tres etapas precede, no obstante, una instrucción elemental dirigida a los paganos, abierta a los no cristianos, incluso los que no han solicitado todavía formar parte del catecumenado.

El estudio de la catequesis en los primeros siglos deberá extenderse en mostrar detalladamente la estructura interna de cada una de las etapas, indicando los contenidos propios de cada una de ella y su vinculación a los diferentes aspectos de la vida cristiana⁵⁸. Hecho esto se advertirán las mínimas diferencias que se descubren en las tradiciones de las diferentes iglesias. Se notará, en fin, cómo en torno a los contenidos de la catequesis ya apuntados se puede hablar de una catequesis bíblica (historia de la salvación), dogmática (Credo), moral (la fe plasmada en la vida) y litúrgica.

5.2. Rasgos de la catequesis patristica

La lectura de las fuentes permite notar algunos rasgos de la catequesis patristica que se verifican universalmente, tanto en oriente como en occidente. En primer lugar, la catequesis se considera una exposición a la vez completa y elemental del misterio cristiano⁵⁹. Por ser completa, se diferencia del *kerygma*; por ser elemental, se diferencia de la *homilía*; aun cuando comparte con aquél y con ésta su carácter oral. El carácter completo ha venido dado desde la época apostólica⁶⁰ por el Símbolo de la Fe o Credo. La práctica de concentrar en fórmulas abreviadas de fe el núcleo de la predicación evangélica se encuentra atestiguada ya en el NT y constituye la base de la llamada *regla de fe*, fundamento a su vez de los Símbolos de Fe que cada iglesia había compuesto primariamente para la catequesis y celebración de la iniciación cristiana. El hecho de que el primer documento dogmático emanado por el primero de los Concilios ecuménicos de la Iglesia, sea un Credo, revela la capital importancia del Símbolo de Fe como referencia de toda forma de enseñanza en la Iglesia. A partir del Concilio

⁵⁸ Cf. J. DANIELOU – R. DU CHARLAT, *La catequesis en los primeros siglos*, Studium, Madrid 1975, 30-59; R. DOMÍNGUEZ BALAGUER, *Catequesis y liturgia en los Padres. Interpelación a la catequesis de nuestros días*, Sígueme, Salamanca 1988, 30-79.

⁵⁹ «Tenemos una exposición completa cuando la catequesis comienza por la frase: *Al principio creó Dios el cielo y la tierra*, y termina en el período actual de la historia de la Iglesia»: AGUSTÍN, *La catequesis de los principiantes*, III, 5 (CCL 46, 124; BAC 499, 453-454).

⁶⁰ Cf. J.N.D. KELLY, *Primitivos credos cristianos*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1980, 15-45; B. SESBOÛÈ (DIR.), *Historia de los dogmas*, I, Secretariado Trinitario, Salamanca 1995, 64-68.

de Nicea (325), en efecto, el Símbolo de Fe empleado hasta entonces en un contexto preferentemente catequético-litúrgico, adquirirá valor dogmático. Cualquier forma de discurso dogmático en la Iglesia, si quiere ser completo, deberá partir, en cuanto al conjunto y en cuanto a sus partes, del Credo y deberá poder ser referido en cada una de sus afirmaciones a alguno de los artículos de fe que lo componen. El mero enunciado de las fuentes anteriormente citadas, revela cómo la exposición del Credo constituye uno de los motivos fundamentales de la catequesis patristica. Por otro lado, el hecho de que sea elemental implica que las cuestiones más complejas y difíciles no pertenecen al ámbito de la catequesis. En la exposición catequética interesa más captar el conjunto en la integración armónica de sus partes (coherencia interna de las verdades de fe presentadas), que ahondar en el detalle⁶¹. La razón primaria de ello es de tipo estrictamente pedagógico: a los que se inician en el conocimiento de las verdades reveladas, ayuda poco la presentación de las cuestiones oscuras y complicadas. Pero hay, además, otra razón más profunda: quien no ha recibido los sacramentos de iniciación no está capacitado interiormente para acoger ciertas verdades. El fin de la catequesis no es la mera acumulación de conocimientos, sino capacitar y disponer para la vivencia de las virtudes teologales⁶². Por eso, determinados contenidos de la fe cristiana sólo podrán ser captados por quien ya recibe, mediante los sacramentos, la comunión de los bienes divinos.

Un segundo rasgo de la catequesis patristica es su unión con el sacramento del bautismo. Una vez que se ha acogido el *kerygma* y se ha tomado la decisión de ser cristiano, el candidato puede comenzar la catequesis, como preparación directa al bautismo. En el caso de los que han recibido el bautismo antes de alcanzar el uso de razón, la catequesis no pierde su relación al bautismo, sino que se concibe como explicitación de lo ya recibido.

Un tercer rasgo es que la catequesis patristica forma parte de una iniciación cristiana integral. La catequesis responde a la totalidad de la persona, por eso es a la vez iniciación a los contenidos de la fe, a la vida moral cristiana, a la oración y a la vida sacramental. En cuanto a la iniciación a los contenidos de la fe, la catequesis es presentación y explicación de la

⁶¹ «No por eso debemos detenernos en estas cosas de manera que perdido el hilo de nuestro discurso, nuestro corazón y nuestras palabras se enreden en recovecos de explicaciones complicadas; antes al contrario, que sea la verdad misma de nuestros razonamientos como el oro que engasta una serie de piedras preciosas, sin que con ello se altere de modo desproporcionado el conjunto ornamental»: AGUSTÍN, *La catequesis de los principiantes*, VI, 10 (CCL 46, 131; BAC 499, 464).

⁶² «... explica cuanto expliques de modo que la persona a la que te diriges, al escucharte crea, creyendo espere y esperando ame»: AGUSTÍN, *La catequesis de los principiantes*, IV, 8 (CCL 46, 129; BAC 499, 460).

revelación: historia de la salvación y Símbolo de la Fe. En cuanto iniciación a la moral, la catequesis implica la idea de conversión, ruptura con la anterior vida pagana y acomodación de la propia vida al evangelio. Es significativo, en este sentido, que la catequesis inmediatamente anterior al bautismo tenga lugar en el tiempo litúrgico de la cuaresma. En cuanto iniciación a la oración y a la vida sacramental, la catequesis incluye también una dimensión cultural. Esta dimensión encuentra su prolongación en las catequesis mistagógicas que se centran ya no sólo en los ritos propios del bautismo, sino también de la crismación y de la eucaristía.

Un cuarto rasgo de la catequesis patristica es su armónica estructuración. Como se ha indicado, la catequesis patristica obedece a dos grandes orientaciones: extensión y profundidad. Respecto a la extensión, la catequesis de los Padres se descubre estructurada según un desarrollo cronológico orientado a un proceso de maduración y de crecimiento a través de grados sucesivos: precatecumenado, catecumenado intensivo en la cuaresma previa a la recepción del bautismo, celebración de los sacramentos de iniciación y catequesis mistagógica.

Un quinto rasgo de la catequesis de los Padres es su carácter eclesial-comunitario. La catequesis se desarrolla en un ámbito eclesial: el obispo es el responsable último de la misma y en torno a ella se desarrollan y ejercitan diferentes ministerios, tanto clericales como laicales. Es, además, eclesial porque el entorno natural en el que la catequesis progresa es el año litúrgico. La conmemoración y celebración de los misterios de la vida del Señor marca el ritmo del año cristiano en cuyo seno los miembros de la Iglesia nacen y crecen como seguidores de Cristo.

Por último, un sexto rasgo es la estabilidad: dentro de la tradición cristiana, la catequesis se revela de una extraordinaria estabilidad a lo largo del tiempo. Al centrar su exposición en lo esencial de la fe, la catequesis no envejece. Esto hace que la catequesis patristica sea de perenne actualidad. Al mismo tiempo, en cuanto es trasmisión oral, la catequesis es cauce privilegiado de tradición y recuerda cómo la presencia de la revelación, desde la época apostólica, ha sido reconocida en la Escritura y en la Tradición.

5.3. Los Padres de la Iglesia como fuente de la catequesis

Las obras arriba elencadas constituyen las fuentes primarias de la catequesis patristica. Ahora, sin embargo, nos preguntamos en qué sentido los Padres de la Iglesia son fuente de la catequesis en cuanto tal. La literatura patristica, en cuanto recoge y transmite el depósito de la revelación recogido en la Escritura y la Tradición, es fuente de toda la teología en general. Lo es también de la catequesis en particular por los siguientes motivos.

Ante todo, los Padres son fuente de la catequesis en cuanto están en el origen de la misma. La sistematización de la catequesis, tanto en las formas como en el contenido, se realiza por vez primera en el período patrístico y se hace de tal manera que toda forma de enseñanza catequética posterior podrá ser identificada como tal sólo en tanto en cuanto guarda relación de continuidad con lo realizado por los Padres.

En segundo lugar, los Santos Padres son fuente en cuanto el conjunto de sus escritos constituye un depósito de saber y formación, de interés no sólo para el historiador, sino también para el creyente de hoy. La lectura de los textos cristianos primitivos ilumina al catequeta de todos los tiempos. La razón es sencilla: en su exposición, los Padres han sabido transmitir lo sustancial del mensaje evangélico, presentado en armonía con las demás facetas de la vida cristiana. Lo que los Padres enseñan se ha convertido también en liturgia celebrada y en testimonio de vida cristiana. Así, la literatura cristiana primitiva es fuente de la catequesis porque ofrece una enseñanza viva.

En tercer lugar, los Padres son fuente de la catequesis porque reflejan una situación eclesial que aún no conoce el gran cisma entre Oriente y Occidente. El testimonio unánime respecto a contenidos, métodos y estructuración de la catequesis constituye un punto de referencia obligada en el diálogo ecuménico. El mejor conocimiento de la catequesis patrística estrechará vínculos de comunión.

6. Liturgia en los Padres

La presentación aislada de la liturgia en la época de los Padres exige en primer lugar detenerse sobre la noción que de ella tenían. Realizado el estudio del término en sus precedentes paganos y veterotestamentarios, observamos cómo los sentidos que la palabra «liturgia» posee en la lengua griega no influyeron directamente en el sentido cristiano del término. En la versión griega del Antiguo Testamento el término se reserva casi exclusivamente para indicar el servicio cultural levítico, subrayando preferentemente su aspecto externo. En el NT se observa poco aprecio por la palabra «liturgia». No obstante, cuando se utiliza designa también el culto cristiano que, sin excluir lo ritual, es principalmente espiritual. La primera literatura cristiana mantendrá el uso neotestamentario y sólo, a partir del siglo IV, el término «liturgia» designará la celebración eucarística. Será frecuente en este período la expresión «divina liturgia». El occidente cristiano de lengua latina no aceptó inicialmente el grupo de palabras griegas relacionadas con la *leitourgía*. Es significativo a este respecto que san Jerónimo, en su traducción latina de la Biblia tradujera esas palabras por *ministerium* (con sus derivadas *ministrari*, *administratori*, *minister*), *officium*, *obsequium*. También san Agustín habla del «ministerio

o servicio religioso que en griego se dice liturgia o latría» (*ministerium vel servitium religionis, quae Graece liturgia vel latría dicitur*)⁶³. Junto a estos términos se emplearán otros relativos al culto de la Iglesia, como *ritus, coereemonia, munus, opus, servitus, administratio, actio, celebratio, collecta, cultus, devotio, functio, servitium*, etc⁶⁴. La riqueza de vocabulario denota que «el culto de la Iglesia» en la época patrística es percibido como una realidad riquísima, que no puede ser expresada en un solo término. La palabra «liturgia» para designar el culto cristiano de la Iglesia sólo se hará frecuente a partir del siglo XVI por influencia de los humanistas.

A pesar de ser tan plural la terminología es posible advertir dos elementos a partir de los cuales indicar qué entienden los padres por lo que hoy llamamos liturgia. Ante todo, la liturgia para los Padres es *opus Dei*, «obra de Dios»⁶⁵: Dios es el que actúa en los misterios y Dios es el que encauza toda la actividad humana orientándola a su fin último. Porque es *acción de Dios*, la liturgia se entiende como *servicio*; porque es actividad del hombre en respuesta a la acción de Dios, es *culto, celebración*. En segundo lugar, la liturgia es representación simbólica de los bienes celestes. En expresión de Teodoro de Mopsuestia, «todo sacramento es expresión, por medio de signos y símbolos, de realidades invisibles e inefables»⁶⁶. Por eso, los Padres entienden el culto de la Iglesia como participación en los *misterios* celestes; participación que es posible gracias a los signos sensibles que los representan.

6.1. Aproximación de los Padres a la liturgia

La liturgia ha formado parte de la vida de la Iglesia desde sus orígenes. La comunidad apostólica ha recibido y transmitido el mandato salvífico del Señor y, alentada por el Espíritu Santo, ha puesto en su cumplimiento todo su empeño. La liturgia está presente en la vida de la Iglesia como lo está su acción evangelizadora o su tensión escatológica. Los primitivos textos cristianos de interés para nuestro tema, ya elencados, ofrecen el panorama de una Iglesia que celebra lo que cree y cree lo que celebra⁶⁷. De ahí que

⁶³ Cf. SAN AGUSTÍN, *Enarraciones sobre los salmos*, 135, 3 (BAC 264, 520).

⁶⁴ Cf. P. FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, «El término Liturgia. Su etimología y su uso», *La Ciencia Tomista* 97 (1970) 159-160.

⁶⁵ Para el sentido de la fórmula «opus Dei» en los Padres, cf. Blaise, 582.

⁶⁶ TEODOR DE MOPSUËSTIA, *Homilias catequéticas*, XII, 2, *Clàssics del Cristianisme* 79, Barcelona 2000, 174.

⁶⁷ «Transmitidas por los apóstoles, estas oraciones se solemnizan uniformemente en el mundo entero y en toda la Iglesia católica para que la norma de orar determine la norma de la fe»: PSEUDOCelestino, *Indículo*, 8 (DS 246; FIC 797). Con palabras parecidas formula Prospero de Aquitania el mismo principio: «que se establezca como norma del creer la norma de orar (*legem credendi lex statuat supplicandi*)»: *La vocación de todos los pueblos*, I, 12 (PL 51, 774).

los Padres no centren su atención directamente sobre la liturgia desde un punto de vista histórico o rubricista, sino desde el punto de vista de su valor teológico⁶⁸. La reflexión litúrgica forma parte de un todo armónico en el que de forma unitaria se desarrolla la catequesis, la reflexión ascética y moral y la experiencia mística. No en vano los Padres han sido llamados «personalidades totales»⁶⁹. En el elenco de fuentes litúrgicas y catequéticas es fácil observar las coincidencias. Las mismas coincidencias se podrían advertir si el elenco versara sobre literatura moral o espiritual. El modo de integrar la liturgia en la reflexión teológica denota una situación en que la Iglesia contrasta su propia vida de fe en la liturgia en movimiento continuo de salida y retorno.

Se entiende también que los Padres a la hora de centrar su reflexión en los misterios que celebran adopten un punto de vista expositivo y contemplativo. La liturgia es objeto de reflexión teológica porque es primero objeto de contemplación; y porque es objeto de contemplación se convierte en explicación positiva a los fieles. Los misterios contemplados y celebrados son explicados a los neófitos para que los vivan mejor. Cuando los Padres se interesan por la liturgia lo hacen para mostrar los secretos velados en los signos y los símbolos de los que se compone. El recurso a la liturgia con valor apologético es secundario y ocasional⁷⁰. Este modo de aproximarse a la liturgia tiene su expresión inmediata en la capital importancia que tiene para los Padres la noción de *mysterion*.

En la antigüedad cristiana, no obstante, se recurre también a la liturgia como fuente de argumentación teológica contra las dudas o negaciones en torno a un punto de la enseñanza de la Iglesia. En rigor, los Padres han considerado la liturgia como *autoridad* para resolver dudas eventuales de los creyentes y refutar algunas doctrinas equivocadas. La autoridad de la liturgia es tal que se impone la obligación de la observancia de los ritos, fórmulas y usos, como expresión de comunión en la misma fe. Significativas en este sentido son las tempranas controversias antignósticas

⁶⁸ Cf. C. VAGAGGINI, *El sentido teológico de la liturgia*, BAC, Madrid ²1965, 558-560.

⁶⁹ «Estas columnas de la Iglesia son personalidades totales: lo que enseñan lo viven, con una unidad tan directa, por no decir ingenua, que no conocen el dualismo de épocas posteriores entre dogmática y espiritualidad»: H.U. VON BALTHASAR, «Teología y santidad», en *Ensayos teológicos*, I, Ediciones Cristiandad, Madrid 1964, 237.

⁷⁰ «La importancia que en la literatura patristica se da a la liturgia es, pues, sobre todo, teológica, y teológica-irénica, expositiva, con una gran impronta catequística y parenética, ascética y mística, dirigida sobre todo a los creyentes, no con el fin de probar que la doctrina de la Iglesia está verdaderamente en las fuentes, sino, ante todo, con el fin de penetrar, por así decirlo, y contemplar esta doctrina, su alcance, su comprensividad, su belleza»: C. VAGAGGINI, *El sentido teológico de la liturgia*, BAC, Madrid ²1965, 560.

de las que son testigos Ignacio de Antioquía⁷¹ o Ireneo de Lyon⁷² que invocan la fe eucarística de la Iglesia para refutar la corriente docetista que negaba realidad a la humanidad de Cristo. O la respuesta de Tertuliano a los gnósticos, que no admiten la resurrección de la carne, frente a los cuales encuentra argumentos para su exposición no sólo en la celebración eucarística, sino en todo el rito de la iniciación cristiana⁷³. Los ejemplos se podrían multiplicar⁷⁴. Interesa, sin embargo, destacar que el recurso a la liturgia en esas controversias explica en qué sentido los misterios celebrados pueden ser presentados como autoridad. Si la discusión no se centra exclusivamente en la interpretación de ciertos pasajes bíblicos es porque los Padres tienen conciencia de haber recibido, *también* mediante la liturgia una *tradición* que deben conservar y transmitir a las siguientes generaciones. La autoridad de la liturgia en la reflexión teológica estriba, en efecto, en formar parte de la tradición viva de la Iglesia⁷⁵.

6.2. Enseñanzas litúrgicas de los Padres

La lectura de las fuentes citadas revela una serie de enseñanzas a partir de las cuales podemos descubrir en qué sentido el estudio de los Padres contribuye al conocimiento de la liturgia⁷⁶.

Ante todo, la manera de acercarse a la liturgia, de reflexionar sobre ella, de exponer sus misterios y aplicarla a la vida, indica que no la entienden como expresión de una devoción particular. No faltan en la literatura cristiana primitiva expresiones de coloquio íntimo con Dios formulado y vivido a partir de la liturgia⁷⁷. Su vivencia, sin embargo, de la liturgia

⁷¹ Cf. IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *A los esmirnitas*, 7, 1 (BPa 50, 278); *A los efesios*, 20, 2 (BPa 50, 247).

⁷² Cf. IRENEO DE LYON, *Adversus Haereses*, I, 3, 1 (SC 264, 48-50); IV, 18, 6 (100, 612).

⁷³ «La carne es el quicio de la salvación. Cuando el alma es tocada por Dios, la carne sirve de instrumento. La carne es lavada a fin de que el alma sea purificada; la carne recibe la unción para que el alma sea consagrada; la carne es signada para que el alma sea defendida; la carne es cubierta con la imposición de las manos para que el alma y el espíritu sean iluminados; la carne es alimentada con el cuerpo y la sangre de Cristo para que el alma sea saciada de Dios. No pueden, pues, estar separados en la recompensa los que estuvieron unidos en la acción»: TERTULIANO, *La resurrección de los muertos*, 8, 2-3 (CCL 2, 931).

⁷⁴ Cf. C. VAGAGGINI, *El sentido teológico de la liturgia*, BAC, Madrid 1965, 573-576.

⁷⁵ Cf. B. CAPELLE, «Autorité de la liturgie chez les Pères», *Recherches de Théologie Ancienne et Médiévale* 21 (1954) 5-22.

⁷⁶ Cf. M. PELLEGRINO, «Padres y Liturgia», en NDL 1538-1546.

⁷⁷ Basta recordar la jaculatoria *Domine Iesu*, repetida por san Ambrosio (cf. M. PELLEGRINO, «*Veni, Domine Iesu*. La preghiera al Signore Gesù in sant Ambrogio», en *Corona Gratiarum. Miscellanea Dekkers*, Brujas-Gravenhage 1965, 151-161); o las

puede ser definida de *piedad objetiva*. En el centro de la espiritualidad patrística está el misterio revelado (Trinidad, Encarnación, Iglesia) y con éste se entra en comunión mediante la liturgia, con independencia de la percepción subjetiva del mismo. Exponer los misterios que la liturgia celebra es, en el fondo, presentar las verdades reveladas. Las exposiciones litúrgicas de los Padres son, al mismo tiempo, sutiles contemplaciones teológicas que inspiran exhortaciones de orden moral. Es la vida del hombre, en su integridad, la que se encuentra con el Misterio de Dios en la Liturgia⁷⁸.

Una segunda enseñanza es el *sentido comunitario* con que es vivida la liturgia. El culto cristiano en los primeros revela con claridad la actitud de *piedad comunitaria*. El centro de la vida cultural es la eucaristía, celebrada por el obispo en unión con el clero. Con sorprendente sentido comunitario es vivida también la iniciación cristiana; en su preparación y administración queda implicada toda la iglesia local. Lo mismo se puede decir de la oración en común o del canto. El sentido comunitario está presente en el modo de participar en la liturgia, en sus textos y en sus símbolos. El creyente que participa en ella entra en un misterio de comunión desde el cual hace suyas las inquietudes de todos los miembros de la Iglesia y, por ellos, de todos los hombres⁷⁹.

Una tercera enseñanza es el profundo sentido reverencial ante lo que celebran, es decir, un vivo y consciente *sentido del misterio*. En la celebración litúrgica los Padres se saben ante una realidad sagrada que viene de Dios y que el hombre acepta sin entenderla totalmente, adorando, alabando, dando gracias. Expresión de ello es el rico vocabulario litúrgico,

Confesiones de san Agustín. Recientemente se ha mostrado el vínculo entre la Liturgia y la mística en el PseudoDionisio Areopagita, cf. J. RICO PAVÉS, *Semejanza a Dios y divinización en el «Corpus Dionysiacum»*. *Platonismo y cristianismo en Dionisio el Areopagita*, Estudio Teológico de San Ildefonso, Toledo 2001, 406-412.

⁷⁸ Como bien recuerda M. Pelegrino (o.c. 1540), la plegaria de Eusebio de Emesa refleja bien esta mentalidad: «Celebremos los misterios en los que solemos participar, recurramos a la acción de gracias, adoremos al Padre, confesemos al Hijo por medio del Espíritu, glorifiquemos la unidad, sigamos la paz; y convertidos una sola cosa por medio de quien es uno y en el uno, desde la única Iglesia hagamos resonar la gloria: al ingénito Padre por medio del Unigénito, en el único Espíritu Santo, gloria, poder y honor ahora y siempre y por todos los siglos de los siglos. Amén» (*Sermón XIII: los apóstoles y la fe*, I, I, 40).

⁷⁹ Basta recordar como ejemplo algún fragmento de la gran oración que encontramos en la *Carta de Clemente a los corintios* (59, 4; BPa 50, 188): «Te pedimos, Señor, que seas nuestro socorro y protector. Salva a aquellos de entre nosotros que están en tribulación, apiádate de los humildes, levanta a los que han caído, muéstrate a los necesitados, cura a los enfermos, convierte a los extraviados de tu pueblo; sacia a los que tienen hambre, redime a nuestros cautivos, restablece a los que están débiles, alienta a los pusilánimes. Que conozcan todos los pueblos que Tú eres el único Dios, que Jesucristo es tu Siervo y que *nosotros somos tu pueblo y ovejas de tu rebaño*».

ya comentado, y la riqueza semántica de los términos *mysterion* y *sacramentum*. A partir de este sentido del misterio percibido en la liturgia, algunos Padres, llegarán a mirar a la Creación entera participando de ella hasta poder hablar de una *liturgia cósmica*⁸⁰.

Una cuarta enseñanza es el *sentido bíblico* que recorre toda la teología litúrgica de los Padres. Es en la Biblia donde los Padres encuentran su teología, el lenguaje de su predicación, el objeto de su contemplación, las fórmulas de su oración. La liturgia constituye el *humus* natural donde se ha desarrollado la primera exégesis cristiana; no extraña que los diferentes géneros de exégesis bíblica (homilía, comentario, sermón, discurso, etc.) hayan nacido como exigencias particulares de la liturgia⁸¹. La historia de la liturgia patristica es, en cierto sentido, también la historia de la exégesis bíblica. Este sentido bíblico encuentra su formulación en algunos principios que han regido la exégesis de los Padres nacida en la liturgia: i) la unidad de los Testamentos; ii) Cristo como llave que permite desentrañar los secretos de la Escritura; iii) la Iglesia como depositaria de las Escrituras.

Una quinta enseñanza es que para los Padres la liturgia es *norma de vida*. La lectura de las fuentes litúrgicas revela cómo para los Padres la liturgia no es sólo acto de culto, sino norma de vida cristiana. No extraña, pues, que las catequesis que preceden y acompañan la iniciación cristiana ahonden en la nueva forma de vida que brota de la liturgia y debe traducirse en comportamientos concretos.

6.3. Tradiciones litúrgicas

Aspecto destacado del período patristico es el de las llamadas *tradiciones litúrgicas*. Que la liturgia sea norma de fe, tal como se ha dicho, significa también que entre la fe profesada y la acción litúrgica existe un intercambio tal que convierte a la liturgia de una iglesia en una época determinada en depositaria de la fe de esa iglesia. La liturgia es simultáneamente depósito de la fe celebrada y crecimiento orgánico en la comprensión de esa fe. Históricamente, en efecto, se ha pasado de la unidad primordial en el culto cristiano a la pluralidad de expresiones litúrgicas. Este paso ha sido posible gracias al dinamismo propio de la fe: anunciada a todos los pueblos, formulada bajo la guía de la *regla de fe*, es acogida y expresada pluralmente en un culto que, conservando íntegro el mandato único del Señor, no hace oídos sordos a la riqueza cultural de los pueblos, sino que, purificando esa riqueza a la luz del evangelio, le da un sentido de plenitud. Hablar de *tradicón litúrgica* implica, pues, hablar de vitalidad e

⁸⁰ Tal es el caso del PseudoDionisio Areopagita y de su gran defensor, Máximo el Confesor; cf. H.U. VON BALTHASAR, *Liturgia cosmica*, Roma 1976.

⁸¹ Cf. E. ROMERO POSE, «Exégesis patristica y liturgia», en *Liturgia y Padres de la Iglesia. XXIV Jornadas de la AEPL*, Grafite Ediciones, Bilbao 2000, 15-62.

inmutabilidad. En cuanto inmutable, la liturgia garantiza que el depósito de la fe sea transmitido íntegro, sin falsificaciones, de generación en generación⁸². En cuanto realidad viva, la liturgia tiene capacidad para responder a las nuevas situaciones humanas encauzando con sus expresiones una fe de la cual ella se sabe transmisora, no creadora⁸³. La liturgia, en efecto, es expresión de una fe que ella no crea, sino que acoge y transmite. Y, al mismo tiempo, la liturgia asume y transforma el elemento humano de dicha expresión⁸⁴. La plasmación concreta del equilibrio que se produce en la liturgia entre creatividad e inmutabilidad es el fundamento de las llamadas tradiciones litúrgicas. En el período patrístico se verificó un hecho aparentemente paradójico: cuanto más fiel es la transmisión del dato de fe, más creativa ha sido la liturgia.

Las tradiciones litúrgicas han nacido asociadas a las sedes de las grandes metrópolis antiguas, marcadas por la memoria y la autoridad de santos pastores que supieron acomodar el mensaje evangélico a las diversas culturas, al tiempo que conservaron invariable la fuerza de la tradición.

Corresponde a la Historia de la Liturgia mostrar cómo se ha pasado en las diferentes sedes de una incipiente creatividad, marcada por la incorporación de ciertos textos fijos para uso litúrgico y la estructuración del tiempo según el ritmo semanal y anual, al período de la verdadera creatividad litúrgica, en textos, estructuras para los ciclos litúrgicos y celebración de los sacramentos, hasta llegar a la codificación y cristalización de las diferentes familias o tradiciones litúrgicas. Estudiar el uso de la Sagrada Escritura en las diversas tradiciones patrísticas es extraordinariamente clarificador para mostrar el origen y las leyes internas de desarrollo de cada rito⁸⁵. Dado el fin que nos hemos propuesto, bastará advertir ese hecho y hacer un elenco de las tradiciones más sobresalientes⁸⁶,

⁸² Cipriano formula este principio: «*nihil innovetur, quod traditur est tenete*»: *Carta 74, a Pompeyo* (CSEL 3/2, 799; PL 3, 1175A).

⁸³ Cf. A. PISTOIA, «Creatividad», en NDL 475-497.

⁸⁴ De extraordinaria precisión es el principio formulado por el Papa Gregorio Magno a partir de la consulta realizada por Leandro de Sevilla sobre la posibilidad de cambiar el rito bautismal de la inmersión: «Una costumbre diversa no es obstáculo para la única fe de la Santa Iglesia (*in una fide nil officit sanctae Ecclesiae consuetudo diversa*)»: *Cartas*, I, 41 (CCL 140, 48; cf. BPa 42, 23).

⁸⁵ Cf. J. DANIELOU, *Sacramentos y culto según los Santos Padres*, Guadarrama, ²1964; M. SIMONETTI, *Lettera e/o allegoria*, Inst. Patristicum «Augustinianum», Roma 1985; E. ROMERO POSE, «Exégesis patrística y liturgia», en *Liturgia y Padres de la Iglesia. XXIV Jornadas de la AEPL*, Grafite Ediciones, Bilbao 2000, 15-62. R. TREVIJANO, *La Biblia en el cristianismo antiguo*, Verbo Divino, Estella 2001.

⁸⁶ Cf. B. Botte, «Ritos y familias litúrgicas», en A.G. Martimort, *La Iglesia en oración*, Herder, Barcelona 1964, 45-63; A.M. TRIACCA, «Liturgia e tradizione», en DPAC II, 1979-1990 (bibliografía).

dado que su origen pertenece al período de los Padres. Se suelen dividir, según su área de expansión, en orientales y occidentales.

Las *liturgias orientales* tienen en común usar anáforas fijas para la celebración de la eucaristía, sea cual sea la fiesta que se celebre. Cada rito, a su vez, posee diferentes anáforas. Las liturgias orientales se dividen en dos grandes grupos, correspondientes a los patriarcados más antiguos: Antioquía y Alejandría. El grupo *antioqueno* tiene como rasgos propios el situar las oraciones de intercesión como conclusión de la anáfora, y el poner la epiclesis después del relato de la institución de la eucaristía. El grupo antioqueno comprende dos tipos de ritos: el siro-oriental, al que pertenecen los ritos nestoriano, caldeo y malabar, y el siro-occidental, al que pertenecen los ritos antioqueno, maronita, armeno, bizantino y melquita. El grupo *alejandrino* se caracteriza por situar las oraciones de intercesión antes de la gracias y por poseer dos epiclesis. El grupo alejandrino comprende el rito copto y el rito etiópico. Las *liturgias occidentales* comprenden el rito romano, el africano, ambrosiano, hispano-visigótico (mozárabe), galicano, campano-beneventano, aquilense, ravenatense y céltico. La relación e influencia entre los ritos occidentales; hecho que, sin embargo, no elimina los rasgos propios de cada uno de ellos.

6.4. Los Padres como fuente de la liturgia

Lo dicho hasta ahora a propósito de la liturgia patristica, permite indicar en qué sentido los Padres de la Iglesia pueden ser considerados *fuentes* de la liturgia. La expresión es exacta en un triple sentido.

Ante todo, los textos de la tradición patristica son fuente de la liturgia en cuanto han influido en la elaboración de los textos litúrgicos. La lectura paciente de las obras de los Padres contrastada con el análisis de los más antiguos textos litúrgicos permite reconocer no sólo evidentes paralelismos, fácilmente justificables a partir del contexto teológico-cultural, sino formulaciones exactas que han servido para la composición de oraciones diversas.

En segundo lugar, los Padres son fuente de la liturgia en cuanto son testigos privilegiados de los usos litúrgicos (ritos, símbolos, signos, gestos, etc.) de la antigüedad cristiana.

En tercer lugar, los Padres testimonian además el proceso de diversificación de las diferentes tradiciones litúrgicas. La lectura de los Padres permite reconocer las leyes internas de dicha diversificación, aun cuando ellos mismos no hayan hecho reflexión refleja de ese hecho. Este último aspecto, permite reconocer la validez siempre perenne de la aportación patristica, de interés no sólo para el historiador o el «arqueólogo» de los textos litúrgicos.

7. El binomio Liturgia-catequesis

Las grandes catequesis patrísticas de los siglos IV y V ofrecen modelos ejemplares de catequesis litúrgica que ayudan a centrar el tema de la relación entre la liturgia y la catequesis en una perspectiva más amplia. Es en ese período donde es posible descubrir una serie de rasgos que ilustran el binomio liturgia-catequesis en cuanto tal⁸⁷.

Un primer rasgo es la unidad existencial de ambas realidades. En el corazón de la catequesis está la liturgia como la catequesis ordena y se centra en la liturgia. En realidad, una y otra no se consideran «momentos» de la vida del creyente, sino que forma parte integrante de la misma: la liturgia acompaña la vida del fiel en su configuración cristiana y la catequesis la estructura según un proceso de crecimiento.

Un segundo rasgo es la polarización de ambas realidades en torno al *misterio*. Toda la actividad catequética de los Padres se orienta a desentrañar los *mysteria* que la liturgia celebra. Esta orientación permite desarrollar una teología que integra en armónica unidad el misterio de Cristo y de la Iglesia. Presentar los misterios es presentar en definitiva los contenidos de la revelación a la cual el hombre ha tenido acceso en Cristo, el Verbo de Dios encarnado, y de la cual es depositaria la Iglesia, asistida por el Espíritu Santo.

Un tercer rasgo es el uso concorde de la Palabra de Dios. La presencia de la Palabra de Dios en la liturgia está vinculada a la presencia activa de la misma Palabra en la acción catequética. Por eso, la catequesis patrística, para ser catequesis litúrgica, tiene que ser necesariamente bíblica. La Historia de la Salvación, narrada y testimoniada en la Sagrada Escritura, se convierte en misterio de salvación actualizado, con valor perenne, en la celebración litúrgica.

Un cuarto rasgo es la preeminencia de la liturgia sobre la catequesis. Para los Padres es posible vivir lo que se celebra, sólo si antes se celebra lo que se vive; y sólo se celebra con provecho si antes uno ha sido educado para ello. En este sentido, hay una preeminencia lógica y cronológica de la catequesis sobre la liturgia, pero hay una preeminencia vital y ontológica de la liturgia sobre la catequesis.

Un quinto rasgo es la plasmación en catequesis particularizadas de la única tradición litúrgica. La única tradición litúrgica, depositaria de la fe profesada y celebrada, suscita diferentes tradiciones litúrgicas modeladas según los rasgos propios y específicos de las catequesis características de las diversas tradiciones patrísticas.

⁸⁷ A.M. TRIACCA, «Liturgia e catechesi nei Padri. Note metodologiche», *Salesianum* 41 (1979) 267-270.

Teniendo presentes estos rasgos se puede asegurar que el compromiso de los Padres por introducir a los catecúmenos y a los fieles en la liturgia nos lleva a poder definir la catequesis patrística no como una simple predicación sobre los sacramentos y los símbolos litúrgicos, sino como la exposición de los misterios de la fe que la Iglesia celebra para vivirlos y vive para celebrarlos.

8. Conclusión: actualidad del tema

Con gran acierto recordaba H. de Lubac: «Cada vez que la Iglesia indaga sobre su fe, sobre su pensamiento y sobre su teología, instintivamente vuelve a los Padres. En la Historia de la Iglesia hay una especie de resurgimiento permanente y de eterno descubrimiento de los Padres»⁸⁸. Si un hecho se revela, por encima de otros, de la lectura y el estudio de la tradición patrística es su perenne actualidad. Por encima de la mera consideración historicista, el lector hodierno de los Santos Padres experimenta una sorprendente simpatía por lo que se le abre a su consideración. De textos antiguos se obtienen enseñanzas siempre nuevas. Ante autores lejanos en el tiempo se percibe mayor cercanía que ante tantos teólogos, liturgistas y catequetas, de nuestro tiempo⁸⁹. La razón de este fenómeno quizás haya que buscarla en la unidad de fe y vida, de teología y acción, que testimonian con tanta espontaneidad estos autores en su vida y sus escritos.

En lo que afecta a nuestro tema, Liturgia y Catequesis no son pensados ni vividos por los Padres como «momentos marginales» del quehacer eclesial sino como dimensiones constitutivas de la única misión de la Iglesia. Liturgia y catequesis se diferencian en la vida de la Iglesia, pero no se pueden entender la una sin la otra, de la misma forma que la Iglesia deja de tener vida cuando éstas desaparecen. Es necesario, pues, estudiar a los Padres *también* con el fin de comprender mejor la catequesis y la liturgia de nuestros días.

José Rico Pavés
Estudio Teológico San Ildefonso (Toledo)
Facultad de Teología San Dámaso (Madrid)
jricopaves@wanadoo.es

⁸⁸ H. DE LUBAC, «La costituzione *Lumen gentium* e i Padri della Chiesa», en AA.VV., *La teologia dopo il Vaticano II*, Brescia 1967, 228.

⁸⁹ Cf. D. SARTORE, «Attualità della catechesi patristica per la chiesa di oggi», *Salesianum* 41 (1979) 227-233.